



Enrique Plasencia de la Parra

*Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista
1923-1924*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Miguel Ángel Porrúa

1998

324 + [XVI] p.

Ilustraciones y mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 30)

ISBN 968-842-862-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN





¿De qué trata esta investigación, más allá del tema explicitado? Sin duda que de la ambición por el poder. Esto que por obvio no parecería necesario señalar, lo es porque esa ambición deja al descubierto la fuerza corruptora que arrastra consigo. Es una historia que muestra cómo instituciones ya de por sí sujetas a la corrupción por su mismo funcionamiento, lo fueron más debido a los hombres que las dirigían. Por eso en esta historia el lector no encontrará ejemplos a seguir, ni lo escrito aquí podrá servir como argumento justificatorio para erigir estatua o monumento alguno.

La institución que más nítidamente mostró esa capacidad corruptora, fue el Ejército revolucionario. Por eso este trabajo intenta acercarse a la rebelión delahuertista a través de sus jefes más destacados. El principal, y muy probablemente el más genial, fue Álvaro Obregón, quien creía fervientemente en esa institución, misma que en un 40 por ciento se levantó en contra de su gobierno.¹ Durante su administración, Obregón recibió innumerables quejas por el comportamiento de diversos jefes militares. Las más de las veces se referían a que obstaculizaban el reparto de tierras que algunos gobernadores pretendían realizar (Adalberto Tejeda en Veracruz, Rodolfo Neri en Guerrero y Tomás Garrido Canabal en Tabasco). En la mayoría de los casos, el presidente se puso del lado de los jefes militares. Claro que no fue sólo por simpatía, pues su administración no se caracterizó por ser partidaria del reparto agrario.²

¹Las estadísticas oficiales mencionan 102 generales, 573 jefes, 2,417 oficiales y 23,224 de tropa, citado en Edwin Lieuwen, *Mexican militarism. The political rise and fall of the revolutionary army, 1910-1940*, Universidad de Nuevo México, Albuquerque, 1968, p. 76.

²Incluso estaba en contra del reparto de grandes propiedades, en parte porque él se había convertido en un terrateniente de nuevo cuño: "revolucionario". Véanse José Rivera Castro, "Política agraria, organización, luchas y resistencias campesinas entre 1920 y 1928", en Enrique Montalvo (coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana*.

El presidente que acuñó la frase de “no hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil pesos” la llevó a la práctica y creía –como el médico homeópata– controlar la corrupción del Ejército con reguladas dosis de corrupción. Era muy tolerante con los malos manejos de sus jefes a cambio de su lealtad. Pero cuando casi la mitad del Ejército se le voltea, ¿cómo seguir creyendo en esta institución? Para dar respuesta a esta pregunta se me ocurre una metáfora que es como un hilo conductor de este trabajo: Obregón veía en el Ejército una institución valiosa para la nación, con defectos que había que corregir, pero redimible. Es como un cirujano ante una persona con una extremidad gangrenada, que para salvarle la vida hay que amputarle el miembro enfermo. La persecución feroz que hizo de los militares más importantes de la rebelión no era entonces más que el trabajo minucioso del Presidente Cirujano. Vemos así cómo Obregón se identificó (metafóricamente hablando) con esa institución en la cual tanto creía: ambos pasaron por el mismo trance y salieron adelante. Él alcanzó la Presidencia de la República. El Ejército –creía– también saldría más saludable después de esa operación. La fascinante paradoja de esto no es difícil de encontrar: el encargado de realizar esa cirugía era a su vez un hombre que había perdido un brazo. De ahí la identificación con el paciente, a tal grado que podría aventurar que el cirujano se llegaba a ver como paciente. El paciente a su vez era el reflejo de su médico, por más que éste lo negara. La corrupción que encontraba en el Ejército era la suya propia. Al final de este trabajo daré mi diagnóstico sobre el estado de salud no sólo del paciente sino del cirujano.

Los jefes militares estaban ligados a la política en esa época, se podría decir que en muchos sentidos ellos encarnaban la política. Pero también había civiles con muy distintas ambiciones. Se reunían alrededor de agrupaciones políticas que se hacían llamar partidos, mismos que carecían de postulados claros y su finalidad era llegar a ser el partido dominante, influir en el Ejecutivo y aun controlarlo. Uno de ellos, el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), llegó a pedir en 1921 el régimen parlamentario. Para domeñar a estos partidos surgieron otros, apoyados por el gobierno.

na. *Modernización, lucha agraria y poder político 1920-1934*, vol. iv, Siglo XXI-CEHAM, México, 1988, pp. 29-31; Hans-Werner Tobler, “Las paradojas del ejército revolucionario: su papel social en la reforma agraria mexicana”, en *Historia Mexicana*, vol. xxi, núm. 1(81), julio-septiembre de 1971, pp. 38-79, y “Los campesinos y la formación del Estado revolucionario, 1910-1940”, en F. Katz, *Revolución, rebelión y Revolución*, vol. II, Era, México, 1990, p. 169.

Así se promovió al Partido Cooperatista Nacional (PCN) para menoscabar el excesivo poder del PLC. Después se fortaleció al Partido Laborista Mexicano (PLM) y al Partido Nacional Agrarista (PNA), de Luis N. Morones y Antonio Díaz Soto y Gama respectivamente, base de apoyo de la candidatura de Plutarco Elías Calles. Todas estas agrupaciones pecaban de lo mismo: el personalismo y el desinterés absoluto en el voto popular. Sólo como botón de muestra diré que el manejo de las elecciones era tan burdo que quienes llegaban primero al lugar de la votación tenían el derecho de instalar y organizar la casilla. Las votaciones terminaban muchas veces en verdaderos zafarranchos después de los cuales era frecuente que resultaban dos legislaturas locales y aun dos gobernadores. Los dirigentes de estos partidos buscaban el apoyo de los militares con mando de tropa para que les garantizaran sus “triumfos”. El PCN logró el apoyo de Guadalupe Sánchez en Veracruz, mientras que el PLC tenía el de Enrique Estrada en Jalisco. Había otros militares que no tenían mando de tropa, pero en cambio disfrutaban de gran prestigio por su pasado revolucionario, generales como Antonio I. Villarreal, Salvador Alvarado y Raúl Madero, todos afiliados al PLC. Dentro de los dirigentes civiles podemos destacar a Rafael Zubarán Capmany de este último partido y sobre todo Jorge Prieto Laurens, por el poder que llegó a acumular, pues llegó a ser al mismo tiempo presidente municipal de la ciudad de México, presidente de la Cámara de Diputados y líder del PCN. Con todos estos cargos buscó uno más, la gubernatura de su natal San Luis Potosí.

Así, vemos cómo los jefes militares participaban activamente en política. Esto ocasionó numerosos conflictos entre gobernadores y jefes de operaciones militares. De particular intensidad fueron los casos de Sánchez y Tejeda en Veracruz, Neri y Rómulo Figueroa en Guerrero y Garrido Canabal y Luis T. Mireles en Tabasco.

Estos problemas y conflictos en las distintas entidades donde se dio con gran vigor la rebelión me dieron la pauta sobre la forma en que trataría el tema: los escenarios de la rebelión. Otra razón importante contribuyó a ello. A pesar de que transcurrió en un lapso muy corto, el combate que Obregón dio a la revuelta fue, podría decirse, por etapas. Éstas irían de la siguiente manera:

Oriente (Puebla, Veracruz, sur de Tamaulipas)
Occidente (Jalisco, Colima, Michoacán)
Sur y Centro (Guerrero, Hidalgo, Oaxaca)
Sureste (Yucatán, Chiapas, Tabasco)

Esta división es esquemática y su valor estriba en entenderla genéricamente. Hubo hechos de armas simultáneos en todas las regiones, pero si tomamos como base batallas cruciales o recuperación de ciudades importantes, sí siguen este esquema.³

El Norte del país se mantuvo relativamente libre de focos rebeldes, por eso no lo trato en esta investigación.⁴ Obregón preveía una rebelión en su contra y se cuidó muy bien por mantener jefes leales en esa zona estratégica del país, pues necesitaba tener libre la frontera con Estados Unidos. Pero la lealtad de los jefes militares no era ninguna garantía, pues sabía bien que en mucho dependía de las circunstancias del momento. Por tanto, lo que había que evitar era el surgimiento de levantamientos armados de importancia. El caudillo que más preocupaba al gobierno era Francisco Villa. Así las cosas, Obregón y Calles decidieron acabar de raíz con el problema. El encargado de instrumentar el asesinato (realizado el 20 de julio de 1923) fue el general Joaquín Amaro, el militar callista más connotado en ese momento. El asesino material, Jesús Salas Barraza, era amigo de Amaro.⁵ Según documentos del archivo de éste, podemos deducir que el “autor intelectual” del crimen fue Calles.⁶ Pero resulta poco creíble

³La recuperación de Puebla (22 de diciembre); batalla de Esperanza, Pue. (28 de enero); batalla de Ocotlán, Jal. (9 de febrero); recuperación de Oaxaca, Oax. (10. de abril); batalla de Pozuelos, Hgo. (21 de abril); recuperación de Mérida (20 de abril); recuperación de San Cristóbal de Las Casas, Chis. (batalla de La Ventana, 10. de mayo); recuperación de Villahermosa, Tab. (7 de junio).

⁴En Chihuahua y Durango se rebelaron los generales villistas Manuel Chao e Hipólito Villa, pero sus acciones fueron de poca relevancia, y las que tuvieron éxito se debieron más a la incompetencia de algunos obregonistas (como Jesús Agustín Castro), véanse Luis Monroy Durán, *El último caudillo. Apuntes para la historia de México, acerca del movimiento armado de 1923, en contra del gobierno constituido*, José Rodríguez, México, 1924, pp. 226-228, 236-240; David Allen Brush, “The De la Huerta Rebellion in Mexico, 1923-1924”, tesis doctoral, Universidad de Syracuse, Nueva York, 1975, pp. 253-258.

⁵La correspondencia entre ellos antes del asesinato de Villa así lo muestra, incluso Salas Barraza le pide dinero para su familia pues dice encontrarse en muy mala situación (7 de julio); después, cuando confiesa su crimen y es encarcelado pide a Amaro interceder por él (3 de octubre); Amaro le promete ayudarlo (11 de octubre) y poco después comienza la revisión de su proceso que terminará con su excarcelación al estallar la rebelión delahuertista. Salas Barraza incluso recibe la comisión de reclutar gente. ACT-AJA, exp. “Salas Barraza, Jesús”, serie “Jefatura de Operaciones Militares, Monterrey”, en proceso de clasificación.

⁶El documento clave es una carta firmada por Salas Barraza (da como remitente un apartado postal en Durango) dirigida a Amaro y que fue entregada a éste por su hermano Enrique Salas; la misiva no tiene fecha, pero por su contenido es evidente que fue antes de su confesión pública (9 de agosto). En la carta muestra su temor ya que dice, “tengo datos fidedignos, para creer, que conocen el nombre o nombres de dos o tres de los muchachos que operaron conmigo; esto sí me preocupa, puesto que los podrían perjudicar; siendo por ello, por

que no se hubiese contado con la anuencia del presidente. La desaparición de Villa fue fundamental para evitar que la rebelión se extendiera, cuando menos, a Chihuahua y Durango.

Regresando a los escenarios de los que me ocupó en este trabajo, es necesario indicar que la inmovilidad de los rebeldes contribuyó a que Obregón pudiera atender primero un frente y después desplazar grandes contingentes a otro. Existen varias explicaciones en torno a la falta de movilidad de los sublevados. Primero está la división que existía entre los diferentes militares. La actitud vacilante de De la Huerta contribuyó a que su figura no se impusiera como lo que se ostentaba: “Jefe Supremo de la Revolución”. En segundo lugar está la falta de pertrechos que en todos los frentes padecieron los alzados. La ayuda norteamericana al gobierno mexicano y el embargo de armas a los rebeldes fueron decisivos para el resultado de la misma, más allá del indudable genio militar de Obregón. La tercera, que podríamos llamar la razón psicológica, fue el recuerdo de Agua Prieta, movimiento que triunfó más que por batallas ganadas, por la llamada “huelga de generales”, que al negarse a combatir a los rebeldes, precipitaron la derrota del presidente Carranza. Los alzados de 1923 creían que la historia se repetiría.

Mi interés por este tema se debió, en parte, al olvido que la historiografía ha tenido de él. Los dos mejores estudios sobre la rebelión son contemporáneos a ella;⁷ después proliferaron los testimonios de sus diferentes protagonistas. La historia académica lo ha abordado, pero más preocupada por los antecedentes de la misma.⁸ El estudio más completo, por

lo que habría de estimarle en alto grado, me indicara la forma en que podría llegado el caso evitar esto; [...] a su elevado criterio no se escapa que un juez ducho, podría hacerlos decir algo con preguntas capciosas; o bien que con el prurito de adquirir celebridad, hiciera aparecer méritos suficientes para declararles formal prisión; [...] Yo desearía conocer la opinión de usted y nuestro amigo el de las cercanías; sobre la actitud que debo asumir, pues resulta que sobre todo en esta ciudad, la mayoría de la gente, por deducciones y antecedentes, creen que yo fui el director intelectual y material de este asunto; y dichos antecedentes porque siempre he dicho y diré que el desaparecido fue un bandido que merecía un castigo ejemplar, tan fuerte como el impuesto por él a sus incontables víctimas.” ACT-AJA, *ibidem*. En la época en que fue escrita esta carta, Calles se encontraba en su hacienda de Soledad de la Mota, Nuevo León, por lo que resulta evidente la identidad del “amigo de las cercanías”. La solución que le dieron Calles y Amaro fue seguramente la confesión pública, para acabar con las sospechas que recalán sobre el gobierno obregonista y su candidato. La confesión pública y correspondencia sobre el asesinato en Carlos Macías, Plutarco Elías Calles. *Correspondencia personal. (1919-1945)*, vol. 1, FCE, México, 1991, pp. 79-90.

⁷Monroy, *op. cit.* y Alonso Capetillo, *La rebelión sin cabeza. (Génesis y desarrollo del movimiento delahuertista)*, Botas, México, 1925.

⁸Como el caso de Soledad García Morales en Veracruz, *La rebelión delahuertista en Veracruz (1923)*, Universidad Veracruzana, México, 1986.

su amplia utilización de fuentes originales falla en su interpretación al considerar –cándidamente– que la victoria se debió exclusivamente al genio militar de Obregón, desdeñando el factor de la ayuda norteamericana.⁹ Este autor sigue muy de cerca a otro que estudia el cuatrienio de Obregón y considera a éste un gran héroe.¹⁰ El desdén de la historiografía hacia este tema, se debe tal vez a que al tratarse de una rebelión militar, carece de la fascinación de una “guerra popular” como el villismo, el zapatismo o la guerra cristera.

Al centrar mi atención en los personajes necesariamente dejaré de lado el papel que jugaron las clases sociales en este movimiento, tratándolo sólo de manera fragmentaria. Por eso hago aquí algunas precisiones. Se ha señalado que las clases acomodadas apoyaron a los rebeldes. Si bien esto es indudable, es difícil definir hasta qué punto fue sólo por simpatías, y hasta dónde hubo recursos económicos de por medio. Los casos de Veracruz, Yucatán y Jalisco son los más claros con respecto a un soporte económico por parte de hacendados y comerciantes. Pero aun en estos casos hay que señalar que la mayoría de estas contribuciones eran forzadas. Además, también las fuerzas obregonistas requisaron todo tipo de bienes a las haciendas donde llegaban. En Chiapas incluso, los terratenientes voluntariamente apoyaron a Obregón. En Yucatán, después de finalizado el movimiento, el gobierno federal se alió con los grandes hacendados henequeneros, los mismos que habían financiado a los rebeldes. En cuanto al respaldo mayoritario que los campesinos de todo el país dieron al gobierno, como lo sostuvieron los obregonistas y como lo han señalado algunos historiadores, éste no fue de las proporciones que se han manejado.¹¹ En su gran mayoría se dio por la promesa del reparto agrario (que efectivamente se incrementó de forma notable en 1924) o por conseguir armas que en ocasiones servían más para dirimir conflictos locales que para combatir a los rebeldes. Los campesinos armados se negaban a incorporarse al Ejército, al que veían como un enemigo; también se negaban a salir de la región en donde eran reclutados como fuerzas irregu-

⁹ Brush, *op. cit.*

¹⁰ George R. Hansis, “Álvaro Obregón, The mexican revolution and the politics of consolidation, 1920-1924”, tesis doctoral, Universidad de Nuevo Mexico, Albuquerque, 1971.

¹¹ Sobre estas exageraciones véanse Alfonso Romandía Ferreira, “Obregón y la Reforma Agraria”, en José Rubén Romero, *Álvaro Obregón, aspectos de su vida*, Cultura, México, 1935, pp. 91-121; Jaime Tamayo y Laura Romero, *La rebelión estradista y el movimiento campesino, 1923-1924*, CEHAM, México, 1983.



lares. De ahí el rotundo fracaso del reclutamiento que realizó Calles en el Norte. Éste sirvió más bien para fortalecer a grupos callistas para la otra campaña, la presidencial. Las clases medias, profesionistas y sobre todo burócratas, simpatizaron con el delahuertismo, pues a la burocracia federal se le pagaba sólo una fracción de su salario, aludiendo falta de fondos del erario.

La siguiente es una historia que tiene como personaje principal al Ejército revolucionario.¹² Me interesa analizar el papel de sus más importantes jefes en los distintos escenarios en que ocurrió este levantamiento. Algunos de ellos eran auténticos caudillos de la región que comandaban, ésa fue su gran fortaleza pero también su principal debilidad, pues a la hora de salir de ella, perdían la brújula, no daban pie con bola. Esto le pasó a Estrada en Occidente y a Figueroa en el Sur. Por eso esta rebelión fue perfectamente focalizada y Obregón pudo combatirla una por una. De ahí mi decisión por la forma en que abordé el tema. También algunos gobernadores obregonistas eran –o se perfilaban para serlo– caudillos del estado que gobernaban, Zuno en Jalisco, Tejeda en Veracruz, Carrillo Puerto en Yucatán y Garrido Canabal en Tabasco. De los hechos de armas escojo algunos de ellos, los analizo, pero en función de otros intereses: por ejemplo, tratar de caracterizar alguno de sus personajes a través de sus estrategias: la preferencia de alguno por la batalla campal denota gran valor pero exhibe a una persona impulsiva, poco reflexiva a veces (Buelna); la de otros por el engaño al enemigo muestra sagacidad, propensión a adelantar lo que pensaría el contrario (Maycotte, Obregón); otro más por la sorpresa de un ataque fulminante y una constante movilización de sus tropas muestra una casi fanática confianza en sí mismo (Cavazos).

Un civil es también personaje principal de esta historia: Adolfo de la Huerta. Su ambivalencia ante el poder minó su capacidad de decisión y también su equilibrio psíquico. La relevancia que doy a su padecimiento se debe a que éste influyó en el curso de los acontecimientos. La crisis nerviosa que significó para él la campaña presidencial y la rebelión mi-

¹²No me propongo en esta investigación demostrar o corroborar lo que tanto se ha dicho: que el triunfo sobre los rebeldes, la llamada “purga de generales”, sirvió para consolidar el poder central al terminar con poderes regionales que impedían esta consolidación (Hansis, *op. cit.*, pp. 331-332). Sólo diré que el argumento, sin buscar profundizar en él, me parece un tanto determinista, como si inevitablemente todos los hechos históricos confluyeran para la aparición del partido de Estado surgido en 1929.

litar estuvo detrás de muchas decisiones contradictorias y equívocas que contribuyeron al fracaso del movimiento. A lo largo del trabajo veremos no sólo el deterioro de la revuelta, también el de su Jefe Supremo. Pero el contrincante político de De la Huerta también era un hombre enfermo, aunque de otra manera (parece que Calles padecía una tuberculosis vertebral). Su estado de salud podría explicar el pobre papel que desempeñó en la campaña militar (aunque lo castrense no era su fuerte), pero más importante aún, generó expectativas sobre si podría llegar a gobernar. Yo sospecho que sus flaquezas alimentaron el deseo de Obregón por permanecer en el poder primero y, después, al mejorar la salud de Calles, por regresar a la Presidencia en 1928. La victoria sobre una rebelión de tanta magnitud lo hacía verse a sí mismo como el líder indispensable que necesitaba el país, como un segundo “Príncipe de la Paz”. Aguilar Camín ha señalado:

No hay visiblemente en la vida de Obregón otra desproporción, otra avidez fáustica que la del poder. [...] Su único flanco incontrolable es el del competidor por el triunfo y la supremacía. A partir de la ruptura delahuertista, Obregón se rindió a la frecuentación de ese instinto y a la pulsación ilimitada de todos los medios que lo hicieran posible: de la ofensiva militar al terror, de la corrupción al exterminio físico de sus enemigos.¹³

La rebelión se da en el marco de la sucesión presidencial.¹⁴ Cuando se trataba este tema en las altas esferas del obregonismo se consideraba que

¹³Héctor Aguilar Camín, “Macbeth de Huatabampo, Álvaro Obregón Salido, 1880-1928”, en *Saldos de la Revolución*, Océano, México, 1984, p. 196.

¹⁴El tema ha sido ampliamente tratado, tanto por sus protagonistas como por historiadores, y no es mi intención profundizar en él. En el primer caso destacamos las siguientes obras: Roberto Guzmán Esparza, *Memorias de don Adolfo de la Huerta, según su propio dictado, transcripción y comentarios de...*, Ediciones Guzmán, México, 1957; José C. Valadés, *Las Memorias de don Adolfo de la Huerta, ex Presidente de México. (Memorias de doce años de política en México 1911-1923)*, edición privada, Talleres de la Compañía Tipográfica Yucateca, Mérida, 1930; Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, vol. II, Librería de Manuel Porrúa, México, 1951; Ignacio Enríquez, *La actual situación de México. Sensacionales declaraciones del general e ingeniero, gobernador constitucional del estado de Chihuahua*, Talleres Sánchez & de Guisse, Guatemala, 1924; Luis L. León, *Crónica del poder. En los recuerdos de un político en el México revolucionario*, FCE, México, 1987; Jorge Prieto Laurens, *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas*, Editora Mexicana de Periódicos, Libros y Revistas, México, 1968; José Vasconcelos, *El Desastre*, FCE, México, 1982; Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución*, 3a. ed., INEHRM, México, 1985; Martín Luis Guzmán, *Cómo y por qué renunció don Adolfo de la Huerta*, en *Obras Completas*, vol. II, FCE, México, 1985, pp. 1062-1087. Entre los estudios contemporáneos a los hechos destacan: Capetillo, *op. cit.*, y Monroy, *op. cit.* Reproducción de documentos sobre el rompimiento del triángulo sonoreño los encontramos en Macías, *Plutarco Elías...*, vol. I; *Boletín del Archivo General de la Nación*, tercera serie, t. III, núm. 4(10), octubre-diciembre de 1979, pp. 3-38. Otros estudiosos que han tratado el tema son: Georgette José Valenzuela, *El relevo del caudillo; de cómo y por qué Calles fue candidato presidencial*, El Caballito-Universidad Iberoamericana, México, 1982; Brush, *op. cit.*; Alfonso

su sucesor estaba entre el secretario de Hacienda, Adolfo de la Huerta, y el de Gobernación, Plutarco Elías Calles. Se sabía que la candidatura de este último era la más factible dado que De la Huerta había dicho y reiterado que él no buscaría la Presidencia; muy por el contrario, afirmaba que respaldaría la candidatura de su amigo Plutarco. El triángulo sonorenses parecía más firme que nunca. Diversos partidos se preparaban para instrumentar el apoyo a esa candidatura, entre ellos el Laborista, el Nacional Agrarista, el Socialista del Sureste (PSS) y el Cooperatista de Prieto Laurens. Pero había en el país varios sectores que se negaban a aceptar a Calles. La oposición más fuerte estaba en el Ejército, pues muchos de sus jefes no simpatizaban con el secretario de Gobernación. También algunos grupos obreros, como la Confederación General de Trabajadores (CGR) y los ferrocarrileros preferían a De la Huerta. Todo se complicó con las elecciones para gobernador en San Luis Potosí, llevadas a cabo en agosto de 1923. Aurelio Manrique (callista) y Prieto Laurens se declararon triunfantes. Este último pidió a Calles su apoyo en este asunto, prometiéndole a cambio el pronunciamiento del PCN a favor de su candidatura. Ante la negativa de Calles a apoyarlo y al no obtener tampoco nada de Obregón, endureció su postura. Cuando éste rindió su tercer informe de gobierno, Prieto Laurens respondió el informe en su calidad de presidente de la Cámara. Denunció que algunos elementos del gobierno, aprovechando sus puestos, hacían obra proselitista en favor de Calles. A los pocos días éste anunció oficialmente su candidatura (5 de septiembre). Por su parte, Obregón declaró desaparecidos los poderes en San Luis, como solución a ese conflicto electoral. Otro elemento que contribuyó a enturbiar más las aguas fueron las Conferencias de Bucareli, con cuyos resultados no estaba de acuerdo De la Huerta. Además, éste hizo suya la pugna del PCN con Obregón y le recriminó su decisión en San Luis, pues la juzgaba atentatoria de la soberanía estatal, bandera bajo la cual –precisaba–, se había amparado el movimiento que llevó al poder a los sonorenses (Plan de Agua Prieta). Casi de inmediato vino su renuncia a la Secretaría de Hacienda (24 de septiembre), hecho que patentizaba su rompimiento con Obregón. Todavía dudó

Taracena, *La verdadera Revolución mexicana. Novena etapa, 1923-1924*, Jus, México, 1962; José C. Valadés, *Historia general de la Revolución mexicana. La reconciliación*, vol. 7, SEP-Ediciones Gernika, México, 1985. Como crónica destaca la de John Dullles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución 1919-1936*, FCE, México, 1982, y como novela, Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, en *Obras Completas*, vol. 1, FCE, México, 1984.

en aceptar la postulación de los cooperatistas, quienes independientemente de lo que declarara don Adolfo, seguían realizando campaña en su favor. El mismo día en que anunció que aceptaría la postulación (19 de octubre), el gobierno, a través del nuevo secretario de Hacienda, Alberto J. Pani, informaba que el país se encontraba en bancarrota y ponía como chivo expiatorio al contrincante de Calles. El oportunismo de este informe es evidente. Como medidas “dolorosas pero necesarias”, se anunció una reducción del 10 por ciento en los sueldos de los empleados del gobierno, incluido el Ejército. Los más importantes jefes militares que se oponían a Calles decidieron apoyar a Raúl Madero, pero al aceptar De la Huerta la candidatura del PCN, la de Madero perdió fuerza y tuvo que retirarla.

Los cooperatistas sabían que la única forma de garantizar la victoria de su candidato en las elecciones consistía en el control del órgano calificador de las mismas: la comisión permanente de la Cámara de Diputados. A pesar de que tenían mayoría, la maquinaria callista resultó mejor afinada en artimañas, compra de votos de los diputados y hasta un frustrado atentado contra Prieto Laurens que fue preparado por el general callista Arnulfo R. Gómez. El resultado fue que los cooperatistas perdieron el manejo de la comisión y por tanto –juzgaron– de las elecciones presidenciales. La decisión de tomar el camino de las armas se debió en mucho a esta razón, pero no por ello dejó de ser una decisión apresurada. A esta precipitación también contribuyó el ambiente de suma hostilidad que los delahuertistas sentían en una ciudad donde prevalecían intereses como los de Morones o Arnulfo R. Gómez.

A través de este recorrido de los hechos más importantes de la sucesión de 1923 podemos percibir cómo la candidatura de De la Huerta cobró fuerza, más que por sus numerosos simpatizantes –que sí los tenía y aparecerán mencionados a lo largo de este trabajo–, como reacción a la imposición desde el poder de un candidato que además no tenía mucha popularidad. Obtenían más simpatías las figuras de Obregón y del propio De la Huerta. Esto hacía –para muchos– más ultrajante la decisión de aquél por imponer a Calles y, por tanto, fomentaba los deseos por impedirlo. Pero la rebelión puso en evidencia que los anticallistas sólo tenían eso en común. Muy pronto sus propias ambiciones afloraron y demostraron tener más peso que el objetivo que manifestaban abiertamente en planes y declaraciones. La siguiente historia es la de esas ambiciones que confluyeron en la rebelión que estalló en diciembre de 1923.



No quisiera terminar sin agradecer a personas e instituciones que hicieron posible esta investigación, concebida originalmente como tesis doctoral. En mi asesor, el doctor Álvaro Matute, siempre he encontrado apoyo y aliento en mi carrera. Sus seminarios enriquecieron mi concepción sobre lo que es la obra historiográfica. Sus comentarios y sugerencias fueron de enorme importancia. La cuidadosa lectura del doctor Ricardo Pérez Montfort, pero sobre todo el entusiasmo que mostró, me alentaron en todo momento. Al doctor Javier Garciadiego le debo mi primer acercamiento a este tema: un trabajo para un curso que él impartía y que me obligó a asistir al Archivo General de la Nación. En ese archivo, mi reconocimiento al buen trato que recibí de Raymundo en la galería tres y el de Martha González en el Archivo de la Defensa. Mención aparte merece el excelente equipo que comanda Norma Mereles en el Archivo Calles-Torreblanca. Agradezco al ingeniero Enrique Estrada Cuesta la información que me dio sobre su padre. Para realizar el doctorado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM disfruté de una beca de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM. En el Instituto de Investigaciones Históricas de esta Universidad siempre conté con el apoyo de su personal académico. Agradezco especialmente la confianza que su entonces directora, la doctora Gisela von Wobeser, mostró por mi trabajo. Lo mismo digo de su actual directora, la doctora Virginia Guedea. Con colegas y amigos he platicado infinidad de veces sobre esta investigación: Luis Bernal, Frida Gorbach, Lilián Illades, Martha Loyo, Rubén Salmerón y Carmen Vázquez; a ellos mi agradecimiento por su paciencia e interés.